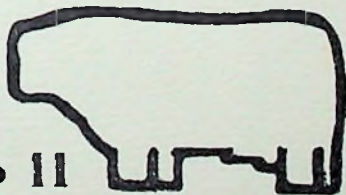


GUADALEST, AMOR

JOSÉ ALBI

ue de Alba
.2-1
8

el toro de granito II





Institución Gran Duque de Alba

CDU 821.134.2 - 1



AP-29

GUADALEST. ALBA
Institución Gran Duque de Alba



 Institución Gran Duque de Alba

GUADALEST, AMOR

JOSÉ ALBI



Institución Gran Duque de Alba

© José Albí

Colección «El Toro de Granito», n.º 11

Edita «Institución Gran Duque de Alba»

Diputación Provincial, Avila

Imprenta de «EL DIARIO DE AVILA»

Plaza de Santa Teresa, 12. Avila

Noviembre, 1969

Depósito Legal: AV-147-1969



Institución Gran Duque de Alba



GUADALEST, AMOR



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

INDICE

	<u>Pág.</u>
I.—	
Guadalest, amor	
1	11
2	14
3	20
II.—	
Lo que fue mío	27
La pregunta	31
Este largo vacío	35
Rebeldía	39
Soledad con amor	43
Sólo un poema	47
Contemplación del mar	51
El baile	54
Reflejos en el agua	57
III.—	
Vivir	63
Pequeño catecismo	65
Noche en Guadalest	67
Manos lejanas	69
Soneto de la ausencia	71
En forma de felicidad	73
El presente	75



Institución Gran Duque de Alba

I



Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba

guadalest, amor

1

Pasan siglos, transcurren tempestades.
Alzan el vuelo los atajos.
Suben los asnos. Guardan sus pupilas
la soledad solemne de los astros.
Si levanto las piedras, no escorpiones
sino siglos encuentro, agazapados
herrumbrosos, terribles. Pequeños cataclismos
desmoronándonos,
levantando esperanzas,
derrumbando
rocas, torres, palabras,

por los cuatro
costados del dolor; águilas, hombres
como yo, más lejanos,
más hondos todavía.

Levanto piedras. Llegan los centauros
desde la espuma, y entre viejos troncos de olivos,
entre nereidas y delfines, sus pasos,
grabados en las rocas para siempre,
levantan libertad y acantilados
puros,
claros
como hoy son mis palabras.

Llegan
las antorchas ibéricas, los vasos
con proféticas voces y caballos
galopantes y negros: fulgurantes, lentísimas vestales;
y en las calas ocultas, cuando se va apagando
la luz, la luz, tritones todavía.

Llegan
visigodos quizás. No podría jurarlo.
Pero creedme,
hay algo

de guerreros oscuros,
de relámpagos
en las crestas tajantes de Bernia,
rodando
hasta el mar, despeñándose en furia
o en sueño.

Van llegando
más águilas, gavillas, estatuas
de mármol.
Roma llega y existe
golpeando y hablando y levantando
mis palabras. Las mismas. Puente a puente.
Verso a verso. Mar a mar. Mediterráneo
con cúpulas también
que van llegando,
así el morir,
oh, viento, oh miserere, barro
donde pongo y enciendo
mi costado.
Oigo en los árboles
el golpetazo
de las aguas, la morisca quietud

de mi tierra, con su canto,
con su raíz.

Vinieron todos con los muslos cortados
por el rumor eterno de los atardeceres. Tu silencio,
Guadalest, fue tan suyo como mío.

Llegaron
más ríos y más montes. (Pienso en Bernia.
Me duele hasta su sombra). Se fue poblando
el valle de irremediable paz.

Luego, llegaste tú.
Muy a lo lejos aún quedaba, en el mar, algún centauro.

2

Llegaste tú.
Trepábamos
las dulces cuestas, como de vino, de oleaje tierno.
Las curvas se nos iban subiendo por la cabeza. Llegábamos,
y hasta el motor cantaba.
Las higueras, los pámpanos
dejaban su alegría por los caminos. Todo

te nombraba. Subíamos despacio
para mejor meternos en cada cosa :
un árbol,
una hormiga,
un minuto parado
para siempre, un rumor de agua
refrescándonos
las sienes
y las manos.

Rozaba tus mejillas,
tu silencio trémulo y largo.
Te acariciaba lentamente
y el mar me iba llegando hasta los labios,
me invadía.
Y el tomillo sutil, el acanto
levantaban, en torno, capiteles, templos como la luz,
azules y deslumbrantes atrios,
retorcidas piteras serpientes.
Respirábamos,
a un mismo tiempo, tú, yo, el monte,
la hiriente paz del campo,

la mañana redonda, perfectísima,
la quietud de los pájaros
detenidos
en medio del espacio.
Música toda tú, cálidamente
sentida, aquí a tu lado.
Felices,
de la mano
trepando por el viento, cimas de amor,
y, en alto,
también nosotros. Solos.
Por un momento únicamente estábamos
en el mundo tú y yo. Las otras gentes:
las del hermano y cotidiano
vivir, las que comparten calle, techo, pulso;
las que nos van volcando su pasado
en nuestra vida, y un mismo fuego viene
a compartir los platos
y el presente, más vivo que uno mismo,
los años;
las que van prolongando, cada minuto, vida, realidad,
hoy no existían. Estábamos

solos tú y yo: universo nuevo, total, definitivo.
Yo iba besando,
en ti, el color de la tarde; tu ternura de siglos;
torreteras en pie, peñascos
de Guadalest; la luna horizontal de ese gran río
de tu cuerpo, bebido entre mis manos
como agua eterna; y esa quietud de valle
olvidado,
con rumor, claro rumor de Dios
y de rebaños,
todo a un tiempo,
perros lejanos
que alargan el silencio
y una piedra que cae, desatando
la soledad del mundo.
La vida aquí, entre los dos; la muerte, en alto,
como un águila más,
como un picacho
fulgurante y bello
con muros encalados,
tapias de adobe, y hasta un deseo de morir,
no sé si amor, culminación, cansancio.

Paisaje, amada, montes. Cerca, Benimantell:
su vida sosegada nos agrupa. Tocamos
el silencio. Pequeñas lagartijas, verde impaciencia.
Mesurado Chortá, gravemente tendido. Tus dedos largos
recorriendo mi pena, mis caminos.
Tu vientre irremediable, como el mundo. Canto
de ranas, de eternidad, de sangre prisionera
entre los dientes. Ay, Aytana, inalcanzado
sueño, sobre el lecho infinito de la noche;
como tú horizontal, arrebatado
cuerpo para el amor,
hallazgo
incalculable: mejilla, lluvia, pórtico con columnas,
terciopelo, naufragio,
oh muerte diminuta cada instante,
oh sumergido claustro
aquí en el mar, con muslos, peces, cauces infinitos,
tu blancura volcada en los espacios,
furia, mármol surgido de las aguas,
galope de caballos
sobre la atroz pureza
de los acantilados.

Mi cuerpo, el tuyo,
rotos, despiadados.
Y, de repente, serenidad total:
tu sonrisa, los párpados
de las luces chiquitas que mueve el mar,
el gato
que duerme en un rincón,
la brisa, con su apacible tacto
de jazmín y de espliego, refrescando la paz.
La tierra, en torno, como mis brazos,
ciñéndote. Tierra y más tierra
dentro del cuarto.
Tú, misteriosa;
yo, solitario.
Lejanos truenos
desmoronándonos por los barrancos.
Guadalest bronco,
viento encalado. Peñascal
trágico.
Sólo amor. ¿Me oyes? Sólo y sólo silencio.

Tú, yo, los astros.
Centro del mundo.
Quietos, profundos, arrebatados.

3

Y sin embargo, hoy,
hoy que atardece y está nublado,
con rayas rojas, como cuchillos,
allá en los tajos
de Bernia;
hoy que he llegado,
después de un largo tiempo remoto de lejanía,
a este trémulo caos
de soledad, a estos picos punzantes,
hermanos
de mi tristeza;
hoy que he pisado,
otra vez, el fragor de incendio de montes, calles, vértigo,
infinita necesidad de amarte, empinado
deseo de ascender

hasta el extraño
arrebato mortal de nuestro mudo pero angustioso grito,
no he encontrado
más que el antiguo rumor
de nuestros pasos
en las esquinas, un olvido de piedra
y unos árboles rojos, quizás álamos,
quizás fuego tan sólo, revelación lejana,
tu presencia —tu jersey blanco—
desvanecida en aire. Sólo recuerdo. Se mastican, se palpan
la bruma gris, las algas y los cárdenos
destellos de la noche. No estás,
pero este carro
con las varas en alto, con la quietud en torno,
conserva tu calor. Y el nogal ancho,
rumoroso
de pájaros,
de la plaza, guarda tu sombra, te la da,
te sabe y, ay amor, te prolonga mágico,
te revive. Los perros aún te buscan; husmean
tu caricia, retornan al pasado,
pero, ay, inútilmente,

porque estamos tan solos como un claustro
en ruinas cuando sube la luna,
un volcán apagado,
una palabra amiga cuando la gente sale
del cine en las ciudades, y los atormentados
autobuses se pierden en la sombra.
Cuando la muerte pasa por la piaya y estamos
quizá bailando, alegres, pero sólo
mientras el vino dura en nuestros vasos.

Ni arcángeles, ni luz, ni madreperlas, ni tubos de neón,
mantel lúcido, románticos pianos.
Sólo rocas en pie,
lagartos
trémulos y escondidos,
alucinados
minutos casi eternos. Subo por las callejas,
enciendo un cigarrillo. Te está nombrando
un buho, con acento torpe y desolador.
Tu cuerpo, dorado
por la distancia, sólo es eso: distancia, profundidad lunar.
Lobos y duendes, sobre los tejados,

ríen su libertad. Hay un incendio
de ramas verdes, de esperanzas nuevas, de cántaros
rebosantes de luz. Piso ceniza.
Crujen antiguas casas. Por los collados
quema el aire.

Ay, amor, no vendrás nunca.

Se han desmoronado
ígneas barrancadas, violentos repechos,
picos vírgenes, ciegos, estatuas de cobalto
como la lejanía. No estás,
y, sin embargo,
te llama a gritos el valle entero de nuestro amor.
Bocas punzantes: las de los rayos,
las del plomo
agarrado
a las cimas, las de los helechos
en los más trágicos
rincones del peñascal. Pero no basta gritar,
estar llamando,
desde cualquier esquina,
soles, años.

Pasan los hombres. Nadie vuelve nunca
cuando ha pasado.

La muerte se los lleva por callejones,
por rápidos
alfoces, por súbitos pasillos.

Te buscamos

a golpes perentorios, a terribles tirones. ¿Es que el amor termina,
el cielo pasa, los cántaros

se vacían, las hoces se arrinconan, se oxidan?

¿Es que el destino es nada? ¿Sólo un charco

de agua sucia, cuando los mulos

regresan hacia el pueblo? Llamo

con mi sangre, mi vida, mi tristeza.

¡Ay, soledad sin fin la de los astros!

II



Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba

lo que fue mío

Abro de par en par el viento, la ventana,
y te contemplo, amor, voy contemplando lo que fue mío:
los almendros alegres todavía,
y el mar en los almendros, la luz en los almendros,
y más mar todavía allá a lo lejos.

Quizá piense en tu piel,
quizá vaya pasando la mano por la corteza de los pinos,
quizá los años vayan cayendo como las gotas del grifo;
quizá los siglos.

Y quizá todavía te tenga entre los brazos
como ayer, como siempre.

¿Oyes los montes? Puede que canten.

Puede que se derrumben,
que se acuerden de ti, que te nombren,
que inventen la palabra burbujeante, nueva,
como el agua de los neveros despeñándose,
como mi voz en medio de la noche.

—¿Duermes, amor?

No me contesta nadie. Sé que duermes.

Me asomo a la ventana.

Bernia, como un gran perro bajo la luna,
se acurruca a mis pies.

Oigo su palpar estremecido.

Ifach, allá a lo lejos, se nos hunde en el mar,
golpea las estrellas con su silencio.

Más cerca, las luces chiquitinas, lentas y fieles de Guadalest.

Vuelvo a rozar tu sueño,
tu piel con luna,

los dos ríos lejanos de tus piernas.

Tú, montaña también, valle dormido,
mar toda tú.

—¿Duermes, amor?

Gotea el grifo, ladra un perro

infinito, lejano como la eternidad.
Voy a ciegas, tanteo las paredes
y los acantilados y los vientos.
Te amé, te estoy amando, te estoy llamando.
Sólo un eco de piedra me contesta:
Aytana, Chortá, Bernia...
La cama está vacía.
El silencio respira aquí a mi lado.



Institución Gran Duque de Alba

la pregunta

¿Qué nos queda de aquellos altos montes,
castillos y atalayas que levantamos? Soplos
de entusiasmo; incluso más que amor,
porque todo,
todo participaba de ello:
el mundo, las personas, los astros, el musgoso
silencio,
el abejorro
en medio de la tarde,
el tronco
donde iba grabando el corazón a golpes
de eternidad, de gozo.
Ahora, aquí, en vez de montes,

en vez de chopos
de reposo feliz, han levantado
sombrellas rojas, rojos
apartamentos, con Miamis,
chorros
de soda y whisky, Támesis
donde navegan muslos, plomo
maravilloso, aunque inútil.

¿Qué nos queda
de aquellos altos días, cuando el mármol, tu torso,
iba dejando entre los pinos
una música, un deseo furioso
de perennidad, también de muerte,
un aire nacido para nosotros;
y me iba hundiendo en ti, como si un astro
nos empujase? Solos,
lentos, cogidos de la mano,
sin mundo ya, sin nadie. En torno,
las abejas, la paz; luego, el baladre, la quietud de las cosas,
Benimantell dormido, Guadalest jubiloso
y puro; valle de amor para el amor.

Pregunto: ¿Qué nos queda? Pongo
mis manos sobre el aire.
Queda un despojo
pequeñito de pena, de fatiga,
y otro
como un río nocturno.
¿De aquellos días altos, mágicos, hondos,
qué permanece, vive, duele?
Me asomo al pozo
de este olvido de siglos, y algo como la vida misma, yo mismo,
tú, tú misma, duelen, doléis, como
si comenzase, de nuevo,
todo.



Institución Gran Duque de Alba

este largo vacío

Amor, he renunciado a tantas cosas
que me siento vacío cuando contemplo
hoy, tres de agosto,
pongo por ejemplo,
la quietud fervorosa de las viñas
cercadas de chicharras, y el viento
lejano como yo. Gris y lejano.
El rumor de algún coche deja un necio
parpadeo de alambres: todo un rastro
de soledad o miedo.

La culpa es mía. Llegan los parientes
saludables y ubérrimos.

Ponemos los manteles, destellantes
de vasos y de cerros
de Ubeda,
con foigrás y con queso.
Nos vamos devorando lentamente:
las palabras, los sueños
que ayer,
sin ir más lejos,
fueron sangre y aún rabia
de nuestros propios cuerpos.
Hoy hemos aceptado
como jefe supremo
de nuestros ríos, torres, plazas
y trastos viejos,
este cómodo y ciego abandono total,
este hueco,
turbio como el olvido,
donde desvanecemos
lo que pudimos ser
y ya nunca seremos.

Ay, amor, si pudiera
decirte lo que siento
cuando miro las vides estremecerse y oigo
el croar de las ranas, el discurrir del tiempo,
y traen las golondrinas,
aún más que tu recuerdo,
tus pasos en la hierba, súbitamente fresca,
tu voz en los rincones de la casa, tu gesto
bellamente sencillo, reflejado
en las nubes antiguas. Tú, centro
de las cosas; tú, agua de los cántaros puros
donde todo el sosiego
de la tierra nos mira; tú, libertad.
Las vides te cantan; el romero
te hiere,
te va hiriendo,
y se llenan de bosque
los rincones más secos
de la casa.
Yo mismo me lleno
de ti, de libertad, de fuerza
apenas estrenada: por los ojos, los dedos,

caminos empinados hacia el mar,
hacia dentro
de este largo vacío
que soy, de este juego
—vivir sin ti, morir,
seguir viviendo—,
del que soy parte, juez
y reo.

rebeldía

Cómo recuerdo tu rebeldía,
tu aire de niña, puro y violento,
tu decisión de corza acorralada.
Yo, en torno, iba poniendo mi sosiego,
mi soledad. ¿Recuerdas los picachos de Bernia,
el empuje bravío de los vientos
puestos en pie, los rojos
amaneceres ebrios,
monte en llamas, en música? ¿Recuerdas,
en mis acantilados, allá dentro
del alma, mi rebeldía inútil,
mis sueños
pisoteados, y todo, todo lo que pude ser y no soy

almacenado en un armario viejo?
¿Lo recuerdas, amor?
Yo te recuerdo
a golpes de martillo,
ramalazos de fuego.
Tu mirada rebelde,
tu cabello,
ese otro monte sacudido,
revuelto,
quemando la frescura de los pinos,
arrebataadamente hermoso y verdadero.

Aún te escucho,
te veo:
"Rompe, rompe, desata imprecaciones, barricadas,
sé tú, en medio del cerco
tormentoso que tejen las arañas;
sé, tú, montaña. Trepan los insectos
por tus laderas.
Yo estoy al acecho
con este amor que tú respiras
como si fuera vino o aire. El miedo

es esta niebla ya lejana. Respírame, toma
mi gesto,
mi corazón, aún eres fuerte,
aún me siento segura aquí en tu pecho.
¡Anda, rebelde! Quema
las naves. Raza de cangrejos
en torno aúlla. Tú, rebelde, puro,
solo en medio del ruedo.
El señor de tus tierras,
de tus vientos
está vencido,
te contempla en silencio.
Toma mi rebeldía, súmala a la tuya.
Quememos
el mundo. Amor terrible,
eterno.
Nazco,
naces de nuevo".

Te recuerdo, te escucho.
Miro el techo,
con su quietud de siglos.

Yo, muñeco
de mí mismo.
Cómo me pesa el tiempo
sobre los hombros,
cómo me siento
atado a mi fracaso,
cómo cuento
sonrisas, tempestades.
Tú estás lejos.
Yo, vencido, acorralado casi.
Y nos une el silencio.

soledad con amor

Uno está solo,
rodeado de soledad por todas partes.
Uno está solo
como una casa vieja que tuviese goteras
y en la que lloviznase por las tardes: en los cristales, en el corazón.
Uno está solo, pero quisiera estar alegre
como las lagartijas tomando el sol en medio del camino.
Yo, lagartija pequeña, ensimismada; yo, lluvia lenta,
tan lenta (me da miedo pensarlo)
como una tarde cualquiera de domingo,
una tarde sin ti: tú que no existes
y estás dentro de mí cada minuto,
y en cada desconchado de la casa, en cada silencio.

Se te oye, y no estás.
Se te adivina, y es inútil,
porque hoy, ayer, mañana, siempre,
seguirás siendo soledad por dentro, seguirás siendo soledad por fuera,
seguirás siendo...

Nada.

De la manga me sacaré palabras,
lagartijas tal vez
y hierbecitas: como la paz, como la manzanilla,
como el romero entero y verdadero,
como tú, amor.

Te nombro y nazco cien veces al nombrarte.

Pero no existes.

Pero estoy solo.

Soledad con zapatos. Ave rara que ni vuela ni canta,
ni se trae por las noches una orilla, una nube, un navío, un caballo.

Escuchad. Alguien grita.

Cien mil gritos no bastan para hundir mi silencio.

También yo grito.

"Dame tu paz, tu corazón".

En vano.

Señores con levita. Señoras con casaca. Van pasando.

"¡Pasen, señores, pasen, suban al carrusel!

Esto es un poeta".

"¿Un qué?"

Todos callan. Se oye, lejano, el viento.

Solo tú estás, aunque no existes.

Sólo tú estás: en los cristales, entre las niñas que pasean,
en el agua que, igual que la esperanza, nunca vuelve.

Y yo te busco.

Yo. Soledad con amor por todas partes.



Institución Gran Duque de Alba

sólo un poema

*«He llegado a temer que un
día sólo quede de nuestro amor
el recuerdo de un poema».*

Aquí lo tienes. Un poema.

¿Sólo un poema?

¿Es esto lo que queda de aquel viento infinito por los árboles altos,
de aquellos ojos tuyos navegando en mi sangre,
de aquellas manos, aún más mías que tuyas, perdidas a mi sombra,
anegadoras, lentas, sosegadas,
bellas igual que el día que comienza,
que sube desde el mar
por los aleros, los pájaros de Tárbená,

los almendros —tus manos— de Jalón
cuando en enero se encienden,
les mana la blancura —tus manos—,
les sube la ternura por las ramas,
y allá en Murla, quizás en Benichembla,
siguen subiendo, y en Castell de Castells
ya se confunden definitivamente con el silencio?

Los almendros, los pájaros, tus manos,
mi soledad grabando los poemas
en la corteza de los pinos,
en el aire imposible de este mayo
vacío como un vaso.
Sólo el rumor del mar,
sólo el poema,
sólo las caracolas inútiles, pequeñas,
olvidadas con restos de naufragios.
Sólo el poema.
Míralo.
Más que un poema, un algo de mí mismo.
Cien mil años de historia se amontonan
en sólo una palabra y una mínima muerte

cotidiana. Me duele el monte, el cielo,
pinos hondos de Laguart,
ventana mía con el mundo lejano de los coches que pasan,
de los templos hundidos, los capiteles rotos,
tus manos imposibles,
los negocios urgentes,
el azul de tus labios por un cielo sin nubes,
la espuma salpicando las cuartillas.

Exactamente son las nueve y cuarto.
Se me hace tarde.
Termino como sea. Suena el teléfono.
Palabras y palabras. De nuevo tu silencio.
"He llegado a temer que un día
de mi amor sólo quede..."
Sólo un poema roto,
un caracol pequeño,
un trozo de columna.
Qué solo estoy sin ti.
Las nueve y veinte.
Ni siquiera un poema.
Es tarde. Irremediabilmente tarde.

 Institución Gran Duque de Alba

contemplación del mar

Lenta carreta torpe y rechinante
viene y va como el río del recuerdo.
Se oye pasar la tarde, aquí, entre el viejo
rumor azul de los olivos hondos,
entre el hueco sin fin de tus dos manos juntas
que es lo único tuyo que me queda.
He renunciado a tantas cosas
que nada ya me pertenece.
Sólo el mar.
Vuelvo a nombrar tus manos,
la piel salada de tus acantilados,
huella descalza toda tú
cruzando el arenal hoy solitario.

Eterna y quieta.
Gaviota roja
que me quema el espacio de los brazos.
Palabras idas, antiguas ya
(¡qué miedo da pensarlo!),
libros abiertos por el final
con láminas ajadas de terciopelo acaso,
cartas rotas,
retratos amarillos.
Voy rompiendo papeles, trozos de pelo,
de besos. Más gaviotas
vienen, se llevan
la realidad terrible de tus labios;
tus muslos, a pedazos, flotan lejanos;
tu voz se pierde como el viento.
Queda un minuto pequeño y triste,
un caracol cegado por la arena,
con tu silencio dentro.

Triste carrera. Desde El Puig avanzan
nubes tal vez. Proyectan
sobre las vides rojas del otoño

fugitivos galopes de delfines,
manos aladas que se alejan.
Las voy rompiendo. Nubes también,
con cartas, con delfines de amor,
con rizos altos, velas desplegadas
junto a tus sienes, dedos, ecos tuyos,
humo. ¡Qué gran caricia inútil,
sueño perdido! Todo, todo mar. Por tus costados
suben mis manos, te crean otra vez.
Mar, carne, sombra de las nubes que pasan.
Te contemplo, te revivo, te tengo
más mía cada vez. Lenta carreta
con las ruedas hundidas en la arena,
mientras las olas
meditan en silencio su fracaso.

el baile

Toda la música del mundo
aquí confluye, inventa
un reino donde todo es silencio
salvo ella,
la música, salvo sus dedos largos, acariciantes,
los míos, donde suena
tu sangre,
suenas entera,
feliz, arrebatada,
violenta,
conminatoria, dulce.
Tu piel es música. Se despeña
como un torrente.

En las baldosas, en la bombilla lenta
del cuarto
se refleja
la caudalosa perennidad del gesto,
la implacable huella
de tus labios,
tú, tormenta
jubilosa que giras delirante,
y el aire, en torno, se desvela, vuela,
magnífico, armonioso.

Fuera,
pasa rechinador un tren lejano.
Es el recuerdo. Tal vez llueva
y una gota resbale, prodigiosa y sombría,
por el cristal. Suenas
a guitarra y a mar a un mismo tiempo.
Te recorro, te pulso. Me sumerjo en la fiera
soledad de tu cuerpo. Tú, monte,
tú, llanura, regazo, rebelión sin fin, arena
donde me pierdo.
Pienso: giran estrellas;

remotos mundos se acompañan; fuentes
de armonía desbórdanse; la tierra
a tu compás se precipita, muere.
Pero sólo me importa tu pequeña
soledad,

—quiero decir, la nuestra—,
la ventana algo turbia; sólo el hombro
que recorren la música, las yemas
de mis dedos, haciéndote más mía;
el rumor de la lluvia; la hierba
que desliza los pasos, que acoge
el rumor de la tarde; la puerta
que se cierra detrás de nuestro olvido; la roja
quietud de las albercas.

Tú eres la música.

Pasajera

a ratos,

pero también eterna.

Eres aún más que el sueño. Mis dedos
te descubren la plena
conciencia de tu sangre. Tú, tan llena de música
y, en este instante, terriblemente cierta.

reflejos en el agua

*Meditación ante un cuadro
de Francisco Pérez Pizarro.*

La alberca tiene reflejos verdes
de antiguos árboles y lejana lluvia.
Cojo un puñado de agua, lo aprieto
contra el pecho. Se esfuma
el agua
y hasta la hondura
de tu presencia. ¿Qué hay que hacer
para que todo viva perennemente? Nos abruma
ese instante, ese gesto, esos labios,
esos brazos que fueron, que son nuestros. La llanura

se nos pierde de vista, se nos torna infinita,
se nos va para siempre. Tú, criatura,
tú, amada, eterna en el recuerdo, eres tan cierta
como yo mismo. Nunca
te vi tan viva, tan real. Sin embargo,
mírame las manos: turbias,
huecas, vacías. Las voy poniendo en todo lo que es mío:
mi mesa, con cuartillas tozudamente en blanco; mi aventura
cotidiana y pequeña; este ciprés que planté con mis manos
y ahora busca,
busca terco, llamea, agujerea el aire
como yo, inútilmente; lucha
a brazo partido, y se queda, de pronto, contemplando el silencio,
su soledad de tierra.

Mira esta oscura
tristeza de mis manos. Te siento, muero, duelo.
Te apretujas
en el recuerdo; dueles
más que yo mismo; me circundas,
llenas;
capto tu ternura

como si te besara; hallo tu cuerpo
reflejado en la muda
serenidad del agua;
te desnuda
el silencio, la quietud de la tarde,
el rumor de algún carro que, olvidado, aún se escucha
a lo lejos.

¿Cómo es posible que todo sea alberca,
sólo oculta
tristeza, soledad verde, tormentosos cipreses,
agua sucia?



Institución Gran Duque de Alba

III



Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba

vivir

No, no basta morir.

Es necesario lo otro: vivir. Ir desvelando
días nuevos; tocar los montes puros de Confrides
con las manos;
hundirlas en el mar;
ir desnudando
tus hombros como el amanecer,
cuando las barcas de pesca van despacio
incendiándose, cayendo en la eternidad,
y en los picachos
nace el día, me naces tú, como un triunfo profundo:
mi victoria. Ir por los campos,
meter el trigo, el romero, los árboles,

en los despachos
de los Altos y Generales Directores;
ir pintando, por tapias y tejados,
tu nombre.
Ir derrochando
vida. Compartirla, beberla, sentir cómo nos duele,
nos sube hasta los labios,
nos mana por las calles,
los ajados
recuerdos, los vestíbulos con la bombilla jadeante, remota;
los teclados
de alucinantes máquinas.
Es más fácil morir. Pero no. Es necesario
lo otro: vivir, aunque nos cueste media vida
y estemos, de antemano, derrotados.

pequeño cataclismo

Cada minuto pesa como el plomo.
En cada muro hay una historia triste y oxidada.
Un hombre pasa vagorosamente. Te espero.
Voy, vengo, enciendo cigarrillos. Nada
entre dos platos. De repente me empeño
en que las ventanas
den al aire, a la luz, al mar sin límite,
pinos de Guadalest, bronca Aytana,
la quietud de los pájaros, la blancura
sedienta de cal, la torturada
furia: piedra que rueda por los montes,
tú que no estás, catástrofe que nos asalta.
Desmoronada piedra.

Y tú, lejana.
Profundísimo eco
que crece, se agiganta.
Piedra que cae,
belleza huracanada,
cataclismo, infinita caricia de tus dedos, del aire que te crea.
Cada minuto es lento. Cada palabra
viene de atrás, me empuja. Cada piedra
me llena de silencio. Nos unirá la grata
ternura de la cena, el rumor sosegado de la sopa,
la cuchara
que va y viene,
que canta
la soledad, ahora,
la piedra, la montaña
que cae,
que nos arrastra.

noche en guadalest

Toco la soledad.
Palpo sus muros. Sigo lentamente
sus oscuros contornos. Todo queda
entre estrellas metido. Los torrentes
de pedernal y música
se torturan lejanos, emergen
como el silencio. El dolor se apretuja. Una bombilla
amarillenta viene
desde el olvido. Hombres me cercan, carne misteriosa,
desconocida. Que no suene
la aldaba. No me atrevo a romper la quietud
tal vez de muerte.
Si me esperaras, todo fuera distinto.

Tanta caricia guardo que parece
lumbre el invierno, cuando cruje el viento
y un perro, bajo los soportales, se estremece;
sombra en las eras, cuando se calcina
la tierra, el aire; fuente, cuando enrojece
el cielo; canto, cuando calláis, y el viento
nos zarandea; cuando muere
un niño en medio de la noche. Si me esperarás
sería el mundo de otro modo. No se mueve
ni un monte, ni un cristal. Palpo los muros,
la oscuridad, las sienes.
La madrugada pesa como el mundo.
Me he sentido vacío de repente.

manos lejanas

Cuando el mundo aún no era mundo
ya eran tus manos;
ahora constelaciones remotísimas
sobre la enamorada y seca y roja tristeza de mis campos.

Manos, partid pan,
llevadlo,
manos mías,
por los lejanos
caminos de la esperanza,
y, anegadoras, hablad. Os amo
dedos de mar, de rincón junto al fuego,
dedos largos

Que estás dentro de mí, pero no basta
aunque te lleve hasta los huesos, hasta
la misma pena que hasta ti me dura.

en forma de felicidad

Tiene la forma de la felicidad.
Humo lento, dedos largos
que acarician
tejados,
mirtos en las calles y acequias
cantando,
redes en los molinos,
barcas en los atajos.
Por fin lentos, Dios mío. Ni una prisa,
ni un frenazo
estúpido. Todo en su sitio: el agua,
los peñascos,
las mujeres

desmenuzando
los atardeceres, remendando la ropa;
los arados
poniendo sangre en el pan, en los cestos colmados
de esperanza.

Tus pasos
poniendo la armonía del agua
en los zaguanes; el vino dorándonos
la paz; la guerra, inútil;
el hombre, aún hombre.

Todo en vano.

No toquéis. Es cristal. Puede quebrarse.
Un espejo, a pedazos,
hurtó tu forma. Todo, todo sin ti resulta hueco,
vano:

los tejados antiguos,
los asnos
docilísimos, el humo quieto,
los días quebradizos, solitarios.
Sí, la felicidad se me derrumba. Tiempo perdido.
Sólo existe el pasado.

el presente

El pasado no es nada.
Quiero vivirte, tiempo, mar amigo,
mar, hoy, real, urgente, irremediable;
quiero vivirte a gritos,
aunque me duela el alma,
me duela el campo, el peñascal, los olivos
lejanos, los días imposibles,
el escalofrío
de la noche que me sube por el silencio,
por la espalda, como el infinito
recuerdo de tu amor.

Este es el presente: la plaza, con sus edificios
oscuros, como de tierra; el humo de los años
agarrado a los muros; el pensativo
ir y venir de mis pasos, de mi quietud;
un perro, fugitivo
de no sé qué, que se pierde
por el camino
de las sombras; las gallinas que picotean
trocitos de soledad, de ausencia; unos chicos
cuya realidad se desvanece
como los ríos.

Uno se propone empezar de nuevo. Ya es tarde.
No importa. Vivimos
el valle, Bernia, Serrella, yo,
Confrides, tibio
como el amor;
Abdet, ensimismado y mínimo;
el aire,
fino
como una daga;
interminable el mar, imperativo

en medio de la noche.
Una vez, cien veces me lo repito:
vivo, que ya es bastante.
Mucho más que el recuerdo y el olvido.
Pero las sombras bajan lentamente.
Y hace frío.

La
presente
edición de
GUADALEST, AMOR
consta de 500 ejemplares y
se terminó de imprimir el día
25 de noviembre de 1969,
en los talleres de
«El Diario de
Avila»

Colección de Poesía: El Toro de Granito

Dirige: Jacinto Herrero Esteban

VOLUMENES PUBLICADOS

- N.º 1.—«Alrededor del Pan», José Luis López Narrillos.
- » 2.—«El Monte de la Loba», Jacinto Herrero Esteban.
 - » 3.—«Pais de la lluvia», Juan Mollá.
 - » 4.—«Salmos», Ernesto Cardenal.
 - » 5.—«Río Cauca», Jesús Martín Barbero.
 - » 6.—«Arte de Amar», Premio Ciudad de Barcelona 1966, Luis López Anglada.
 - » 7.—«Hombre, laberinto, Caracola», Carlos del Saz - Orozco.

- 8.—«Diálogo con España», José Ledesma Criado.
- 9.—«Las bravías abejas», Gaspar Moisés Gómez.
- 10.—«Las horas perdidas», Vicente Sánchez Pinto.
- 11.—«Guadalest, amor», José Albi.

PROXIMAMENTE

Originales de

Luis Jiménez Martos

Juan de Leceta

Pablo Antonio Cuadra

Volumen suelto 40 pts.
Suscripción a cuatro números. 120 »

CORRESPONDENCIA:
Bajada de D. Alonso, 30. Avila



DIPUTACION PROVINCIAL

Institución «Gran Duque de Alba»

C. S. I. C.

AVILA

GUADALEST, AMOR es un libro precedido de un silencio de seis años. ¿Meditación quizás, o cambio de dirección en el poeta? En Guadalest el paisaje mediterráneo deja de ser sensual y plácido, y se torna ascético y atormentado. Las palmeras, los naranjos, recuerdan que el mar está cerca, a pocos pasos. Pero la luz llega desde dentro, desde la honda luminaria del corazón. Luminosa intimidad de la mirada.

JOSE ALBI, valenciano de nacimiento, creador y director de revistas poéticas («Cuadernos Literarios», «Verbo», «Anupe»), crítico de Arte y Literatura, premio «Gabriel Miró» de novela, traductor de Paul Eluard, de Ungaretti, antólogo del superrealismo español, viajero por el ancho mundo, está contento de publicar este libro de poemas en Avila. Con «toro de granito» se asoma al mundo donde el paisaje se hace asombroso, como él mismo.

Inst. Gran
821

el baile

Toda la música del mundo
aquí confluye, inventa
un reino donde todo es silencio
salvo ella,
la música, salvo sus dedos largos, acariciantes,
los míos, donde suena
tu sangre,
suenas entera,
feliz, arrebatada,
violenta,
conminatoria, dulce.
Tu piel es música. Se despeña
como un torrente.

En las baldosas, en la bombilla lenta
del cuarto
se refleja
la caudalosa perennidad del gesto,
la implacable huella
de tus labios,
tú, tormenta
jubilosa que giras delirante,
y el aire, en torno, se desvela, vuela,
magnífico, armonioso.

Fuera,
pasa rechinador un tren lejano.
Es el recuerdo. Tal vez llueva
y una gota resbale, prodigiosa y sombría,
por el cristal. Suenas
a guitarra y a mar a un mismo tiempo.
Te recorro, te pulso. Me sumerjo en la fiera
soledad de tu cuerpo. Tú, monte,
tú, llanura, regazo, rebelión sin fin, arena
donde me pierdo.
Pienso: giran estrellas;

el baile

Toda la música del mundo
aquí confluye, inventa
un reino donde todo es silencio
salvo ella,
la música, salvo sus dedos largos, acariciantes,
los míos, donde suena
tu sangre,
suenas entera,
feliz, arrebatada,
violenta,
conminatoria, dulce.
Tu piel es música. Se despeña
como un torrente.

En las baldosas, en la bombilla lenta
del cuarto
se refleja
la caudalosa perennidad del gesto,
la implacable huella
de tus labios,
tú, tormenta
jubilosa que giras delirante,
y el aire, en torno, se desvela, vuela,
magnífico, armonioso.

Fuera,
pasa rechinador un tren lejano.
Es el recuerdo. Tal vez llueva
y una gota resbale, prodigiosa y sombría,
por el cristal. Suenas
a guitarra y a mar a un mismo tiempo.
Te recorro, te pulso. Me sumerjo en la fiera
soledad de tu cuerpo. Tú, monte,
tú, llanura, regazo, rebelión sin fin, arena
donde me pierdo.
Pienso: giran estrellas;

el baile

Toda la música del mundo
aquí confluye, inventa
un reino donde todo es silencio
salvo ella,
la música, salvo sus dedos largos, acariciantes,
los míos, donde suena
tu sangre,
suenas entera,
feliz, arrebatada,
violenta,
conminatoria, dulce.
Tu piel es música. Se despeña
como un torrente.

En las baldosas, en la bombilla lenta
del cuarto
se refleja
la caudalosa perennidad del gesto,
la implacable huella
de tus labios,
tú, tormenta
jubilosa que giras delirante,
y el aire, en torno, se desvela, vuela,
magnífico, armonioso.

Fuera,
pasa rechinador un tren lejano.
Es el recuerdo. Tal vez llueva
y una gota resbale, prodigiosa y sombría,
por el cristal. Suenas
a guitarra y a mar a un mismo tiempo.
Te recorro, te pulso. Me sumerjo en la fiera
soledad de tu cuerpo. Tú, monte,
tú, llanura, regazo, rebelión sin fin, arena
donde me pierdo.
Pienso: giran estrellas;